

No hay perdón.

¡Que linda manera se sacarse los pillos! “La culpa es del virus”. No sabía cómo titular esta columna, luego del sombrío reconocimiento de la responsabilidad en la adopción de numerosas medidas por esta pandemia. Me quedé con esta porque es imperdonable que aquel que se obnubiló, que se enamoró de su imagen y que se sedujo, haya cometido tal cantidad de aberraciones. Los que le defienden se pondrán a firme y destrozarán estas palabras porque ha logrado atraer una especie de fanatismo que relega lo racional a hacer creer a todos que, si piensan distinto, están equivocados y en su contra. Hitler actuaba igual. No quiso ver la realidad y nadie se atrevía a contradecirlo.

Ninguneó a sus alcaldes, cuestionó cerrar las escuelas, mintió en el tema de los ventiladores, alabó la preparación del país para enfrentar la pandemia, exageró sobre la calidad de la salud en Chile, mantuvo la información en un secretismo aterrador, acusó a la prensa de mentir y crear realidades paralelas. Se apropió de las pantallas para hablar con términos bélicos y científicos y lanzando porcentajes que nadie entendía y que al final nadie escuchaba. Lo hizo con una seguridad y firmeza catalogable como patológica. En fin, se endiosó con ese afán enfermizo de querer aparecer como el salvador del país, con términos que podrían incorporarse a la RAE, exponiendo a su jefatura a la crítica.

Hoy, luego de haber reconocido que se equivocó y que estaba “seducido”, es decir enajenado, aún se mantiene en el cargo. Sus defensores dicen que ha cambiado a un tono más humilde, pero ¿habrá cambiado en realidad o su habilidad hará creer eso? No nos dejemos seducir por ese cambio de tono que los sociópatas son especialistas.

¿Por qué se mantiene en ese cargo? Cualquiera, por muchísimo menos ha tenido que presentar su renuncia y dar un paso al costado. La responsabilidad política detrás de todos sus actos es ineludible y, con lo reconocido, ha demostrado no ser el idóneo para vocear y menos para controlar. Agrava su falta el aceptar desconocer la profundidad de la pobreza en nuestro país. ¡Plop! No es posible pensar que hoy se volverá buena persona. En el Congreso, después de la vergonzosa actuación sobre el límite de la reelección, no está el horno para bollos para una merecida acusación constitucional. La seducción no fue del virus sino de su propio ego, el mismo que le llevó a gritar eufórico “misión cumplida” a pesar de la dolorosa realidad escondida bajo la tecla del delete.